

## CAPÍTULO XII

---

### **Por qué los americanos levantan al mismo tiempo tan grandes y tan pequeños monumentos.**

Acabo de decir que en los siglos democráticos los monumentos artísticos son, por lo común, muy numerosos y pequeños, pero ahora me apresuro á indicar la excepción de esta regla.

En los pueblos democráticos, los individuos son extremadamente débiles; pero el Estado, que los representa á todos y los tiene á todos en su mano, es muy fuerte. En ninguna parte los ciudadanos parecen más pequeños que en una nación democrática; pero en ninguna parece la nación por sí misma más grande ni el espíritu se extiende más. En las sociedades democráticas la imaginación de los hombres se estrecha cuando se ocupan de ellos mismos; pero se extiende indefinidamente cuando se ocupan del Estado, resultando de aquí que los mismos hombres que viven estrechamente en mezquinas habitaciones, aspiran á lo gigantesco cuando se trata de monumentos públicos.

Los yanquis han establecido, en el lugar donde quieren fijar su capital, el radio de una ciudad inmensa, que no está hoy ni tan poblada como Pontoise, pero que debe, según ellos, tener pronto un millón de habitantes, y con este motivo han arrancado ya los árboles que había hasta diez leguas alrededor, temiendo que molestasen á los ciudadanos de esta gran urbe imaginaria. En el centro de ella han construído un palacio magnífico para instalar el Congreso y le han dado el pomposo nombre de Capitolio.

Los Estados particulares, frecuentemente conciben por sí mis-

la mayor parte de los libros que necesitan; y así es que casi todas las grandes obras inglesas se han reproducido en los Estados Unidos. El genio literario de la Gran Bretaña extiende aún su luz hasta lo interior de los bosques del Nuevo Mundo, y no hay cabaña donde no se hallen algunos tomos sueltos de obras de Shakespeare. Recuerdo haber leído en una choza (*log-house*), por la primera vez, el drama feudal «Enrique V».

No solamente recurren los americanos todos los días á los tesoros de la literatura inglesa, sino que puede decirse con verdad que encuentran la literatura de Inglaterra en su propio suelo. De los pocos que se ocupan en los Estados Unidos en componer obras de literatura, la mayor parte son ingleses en el fondo y, sobre todo, en la forma. De este modo introducen en el seno de la democracia las ideas y los usos literarios que se observan en la nación aristocrática que han tomado por modelo; y pintando así con colores prestados las costumbres extranjeras, no representan jamás en la realidad el país que les ha dado el sér, y rara vez llegan á hacerse populares.

Los ciudadanos de los Estados Unidos parecen estar tan convencidos de que no se publican los libros para ellos, que antes de pronunciarse sobre el mérito de alguno de sus escritores, aguardan á que se haya formado juicio en Inglaterra; á la manera que en materia de pinturas se deja con gusto al autor del original el derecho de juzgar de la copia.

Los habitantes de los Estados Unidos, hablando propiamente, no tienen todavía literatura. Los únicos autores que yo reconozco como americanos, son los redactores de periódicos, y aunque no son á la verdad grandes escritores, hablan al menos la lengua del país y se hacen entender; en los demás no veo sino extranjeros, que son para los americanos lo que fueron para nosotros los imitadores de los griegos y de los romanos en la época del nacimiento de las letras: un objeto de curiosidad, y no de general simpatía; escritores que divierten el espíritu, pero que no influyen en las costumbres.

Ya he dicho que este estado de cosas no dependía absolutamente de la democracia y que era preciso buscar la causa en otras muchas circunstancias particulares é independientes de ella.

Si los yanquis, conservando siempre su estado social y sus leyes, tuviesen otro origen y se encontrasen transportados á otro país, no dudo que poseerían una literatura; tales como son, creo firmemente que acabarán por poseerla; pero siempre tendrá un carácter diferente del que se manifiesta en los escritos americanos de nuestros días, que le será peculiar. No es imposible delinear este carácter con anticipación.

Yo supongo un pueblo aristocrático en que se cultiven las letras, y que las obras de la inteligencia, así como los negocios del Estado, sean allí dirigidos por una clase soberana; la vida literaria y la existencia política se hallan casi reconcentradas por completo en esta clase ó en las que la rodean más de cerca. Esto me basta para averiguar todo lo demás.

Siempre que un pequeño número de hombres, y continuamente los mismos, se ocupan al propio tiempo de iguales objetos, se entienden fácilmente y disponen de común acuerdo las reglas principales que deben dirigir á cada uno en particular. Si el objeto que atrae la atención de estos hombres es la literatura, los trabajos del espíritu se someterán á algunas leyes precisas, de las que no será permitido separarse.

Si tales hombres ocupan en el país una posición hereditaria, serán naturalmente inclinados no sólo á adoptar para ellos mismos un cierto número de reglas fijas, sino á seguir las que se habían impuesto sus abuelos; su legislación será, á la vez, vigorosa y tradicional. Como no se hallan preocupados con las cosas materiales, ni lo han estado nunca, ni sus padres lo estuvieron más que ellos, han podido interesarse durante muchas generaciones en los trabajos del espíritu.

Comprenden, al fin, el arte literario y acaban por amarlo por lo que es en sí, experimentando un verdadero placer al ver que se conforman con él.

Hay más: los hombres de que hablo comenzaron y acaban su vida en la comodidad y en la riqueza y, por lo mismo, deben haber contraído, naturalmente, afición á los placeres exquisitos y el amor de las distracciones finas y delicadas; y una cierta debilidad de espíritu y de corazón que contraen frecuentemente en medio de ese largo y pacífico uso de tantos bienes, los conduce á alejar de sus mismos placeres lo que en éstos puede hallarse de demasia-

do vivo ó inesperado. Gustan de que se les divierta sin conmo-  
verlos, y\* que se les interese sin conmooverlos.

Supongamos ahora un gran número de obras literarias ejecu-  
tadas por los hombres que acabo de describir ó para ellos, y se  
concebirá, sin duda, una literatura en que todo será regular y es-  
tará coordinado anticipadamente; las obras de menos importancia  
serán cuidadas hasta en sus más mínimos detalles; el arte y el  
trabajo se dejarán ver en todas las partes; cada género tendrá sus  
reglas particulares, de las que no será permitido prescindir y que  
lo aislarán de todos los demás. El estilo parecerá casi tan impor-  
tante como la idea; la forma, como el fondo, y el tono será culto,  
moderado y sostenido. El espíritu llevará siempre un paso noble y  
raras veces precipitado, y los escritores se entregarán más bien á  
perfeccionar que á producir.

Podrá suceder que los miembros de la clase literaria, viviendo  
sólo entre ellos y no escribiendo más que para ellos, pierdan ente-  
ramente de vista el resto del mundo; lo cual les arrojará en lo afec-  
tado y en lo falso, y se impondrán pequeñas reglas literarias para  
su uso exclusivo, que les separarán insensiblemente del buen  
sentido y al fin los apartarán de la naturaleza. A fuerza de que-  
rer hablar de otro modo que el vulgo, vendrán á parar en una es-  
pecie de jerigonza que no se aleja menos del bien hablar que el  
modo de hablar del pueblo. Estos son los inconvenientes natura-  
les de la literatura en las aristocracias.

Las aristocracias que se separan enteramente del pueblo se ha-  
cen débiles; lo cual sucede también en literatura, como en polí-  
tica (1).

Volvamos ahora el cuadro y considerémosle por el reverso.  
Transportémonos al seno de una democracia cuyas antiguas tra-

---

(1) Esto es particularmente cierto en los países aristocráticos que  
por largo tiempo han estado sometidos al poder de un rey.

Cuando reina la libertad en una aristocracia, las clases altas se  
ven, sin cesar, obligadas á servirse de ciertas bases, y al hacerlo, ne-  
cesariamente se aproximan á ellas; por lo cual penetra á veces en su  
seno algo del espíritu democrático; á más de esto, en un cuerpo pri-  
vilegiado que gobierna, se desarrolla una energía, un hábito de em-  
presa y un gusto por el movimiento y el ruido, que no pueden dejar  
de influir en todos los trabajos literarios.

diciones y luces presentes la hagan sensible á los goces del espíritu. Las clases se hallan allí mezcladas y confundidas; los conocimientos y el poder están divididos hasta lo infinito y, me atrevo á decirlo, esparcidos por todos lados. Se verá, pues, una multitud cuyas necesidades intelectuales están por satisfacer; y como estos nuevos amantes de los goces del espíritu no han recibido todos la misma educación, no poseen las mismas luces ni se asemejan á sus padres, á cada instante difieren entre ellos, porque mudan incessantemente de lugar, de sentimientos y de fortunas. El espíritu de cada uno no está ligado al de los otros por tradiciones ni hábitos comunes, porque no han tenido nunca el poder, la voluntad, ni el tiempo de entenderse entre sí; por tanto, en el seno de esta multitud incoherente y agitada es donde nacen los autores, y ella es la que les distribuye los provechos y la gloria.

No hay dificultad en comprender que estando así las cosas no debe esperarse encontrar en la literatura de un pueblo semejante, sino un pequeño número de esos convencionalismos rigurosos que en los siglos aristocráticos reconocen los lectores y los escritores. Si llegase á suceder que los hombres de una época estuviesen de acuerdo sobre algunos, nada probaría esto respecto á la época siguiente, porque en las naciones democráticas cada nueva generación es un nuevo pueblo. En ellas, las letras se someten con dificultad á reglas rigurosas, y es casi imposible que lo estén nunca á reglas permanentes.

En las democracias, no se ocupan de literatura, ni aun los que tienen algún tinte de bellas letras, la mayor parte de éstos siguen una carrera política ó abrazan una profesión, de que no pueden desviarse sino por momentos para gozar en secreto los placeres del espíritu. Estos placeres no constituyen el encanto principal de su existencia; pero los consideran como un descanso pasajero y necesario en medio de los trabajos serios de la vida; semejantes hombres no pueden jamás adquirir conocimientos harto profundos del arte literario para percibir sus delicadezas, y los pequeños matices, por decirlo así, se escapan. Como no pueden disponer sino de un tiempo muy limitado para dedicarse á las letras, quieren aprovecharlo todo entero, y gustan por eso de los libros que se consiguen con facilidad, que se leen pronto y que no exigen estudio particular para entenderse. Quieren bellezas fáciles

que se demuestren por sí mismas y de que se pueda gozar al instante; aman, sobre todo, lo inesperado y lo nuevo, y habituados á una existencia práctica agitada y monótona, tienen necesidad de emociones vivas y rápidas, de claridad, de verdades ó de errores brillantes que les saquen al momento de sí mismos y les introduzcan de repente y, como por fuerza, en medio del asunto.

Mas ¿para qué cansarnos? ¿Quién no comprenderá lo que sigue sin que yo lo explique? Hablando en general, la literatura de los siglos democráticos no puede presentar, como en los tiempos de aristocracia, la imagen del orden, de la regularidad, de la ciencia y del arte; la forma se encontrará, de ordinario, descuidada, y algunas veces despreciada; el estilo será frecuentemente extravagante, incorrecto, sobrecargado, flojo y casi siempre atrevido y vehemente; los autores atenderán más á la rapidez de la ejecución que á la perfección de los detalles: habrá más escritos pequeños que libros de fundamento, más ingenio que erudición, más imaginación que profundidad: reinará una fuerza inculta y casi salvaje en el pensamiento, y muchas veces una variedad grande y una fecundidad singular en sus producciones. Se procurará asombrar más bien que agradar, y se tratará de excitar las pasiones más bien que de encantar el gusto.

Se encontrarán, sin duda, de tiempo en tiempo, escritores que querrán marchar en otra dirección, y si tienen un mérito superior, conseguirán hacerse leer, á pesar de sus defectos y de sus cualidades; pero estas excepciones serán raras, y los mismos que en el conjunto de sus obras se hayan así separado del uso común, volverán á entrar en él mediante algunos detalles.

Acabo de describir dos estados opuestos; pero las naciones no pasan de golpe del primero al segundo, sino que llegan poco á poco y al través de grados infinitos. En el tránsito que conduce á un pueblo culto del uno al otro, sobreviene casi siempre un momento en que, encontrándose el genio literario de las naciones democráticas con el de las aristocráticas, parece que ambos quieren reinar de acuerdo en el espíritu humano.

Estas son á la verdad épocas pasajeras, pero muy brillantes; se tiene entonces la fecundidad sin exuberancia, y el movimiento, sin confusión. Tal fué la literatura francesa del siglo XVIII.

Diría más de lo que pienso si dijese que la literatura de una

nación está siempre subordinada á su estado social y á su constitución política. Sé que además de estas causas hay otras muchas que imprimen ciertos caracteres á las obras literarias; pero aquéllas me parecen las más principales.

Las relaciones que existen entre el estado social y político de un pueblo y el genio de sus escritores, son siempre muy numerosas, y quien conoce el uno jamás ignora totalmente el otro.

---

## CAPITULO XIV

---

### De la industria literaria.

No sólo hace penetrar la democracia el gusto de las letras en las clases industriales, sino que introduce el espíritu industrial en el seno de la literatura.

En las aristocracias, los lectores son poco numerosos y difíciles de contentar; en las democracias es más fácil el agradarles y su número es prodigioso. Resulta de aquí, que en los pueblos aristocráticos no se debe esperar el buen éxito sino en virtud de grandes esfuerzos, que, aunque pueden dar mucha gloria no procurarán jamás mucho dinero; mientras que en las naciones democráticas un escritor puede lisonjearse de obtener con facilidad una fama mediocre, y una gran fortuna. Para esto no es necesario que se le admire, basta que se le aprecie.

La multitud de lectores que crece diariamente y la continua necesidad que tienen éstos de lo nuevo, aseguran el despacho de un libro que apenas estiman.

En los tiempos de democracia, el público procede frecuentemente con los autores como lo hacen de ordinario los reyes con sus cortesanos: los enriquecen y después los desprecian. ¿Qué más

quieren las almas venales que nacen en los palacios ó que son dignas de vivir en ellos? (1)

Las literaturas democráticas abundan siempre en autores que no ven en las letras sino una industria, y por cada escritor de mérito se encuentran mil vendedores de ideas.

---

(1) Aquí ha podido y debido añadir Tocqueville: ¿y qué más quieren ni qué otra cosa buscan los literatos que mediatizan su inspiración, la libertad de su fuerza creadora y su propio gusto de lo bello, al gusto transitorio, mediocre y limitadísimo del soberano vulgo, con tal de que este les compre sus obras y les proporcione buenos ingresos de carácter económico?—(N. del T).

---

## CAPÍTULO XV

---

### **Por qué el estudio de la literatura griega y latina es particularmente útil en las sociedades democráticas.**

Lo que se llamaba pueblo en las repúblicas más democráticas de la antigüedad no se parece en nada al que nosotros consideramos actualmente como tal. En Atenas, todos los ciudadanos tomaban parte en los negocios públicos; pero de más de trescientos cincuenta mil habitantes que componían la república, sólo veinte mil eran ciudadanos y todos los demás esclavos; la mayor parte de ellos desempeñaban las funciones que pertenecen en nuestros días al pueblo y aun á las clases medias.

Atenas, á pesar de su sufragio universal, no era sino una república aristocrática, en donde todos los nobles tenían igual derecho al gobierno. Si se considera la lucha entre los patricios y los plebeyos de Roma, desde el mismo punto de vista, no se encontrará sino una cuestión interna entre los diversos miembros de la misma familia. Todos, en efecto, propendían á la aristocracia y participaban de su influencia.

Se debe observar igualmente, que en toda la antigüedad los libros han sido escasos y caros y se ha experimentado una grande dificultad en hacerlos reproducir y circular. Estas circunstancias reconcentraban en un corto número de hombres el gusto y el uso de las letras y que formaban como una pequeña aristocracia literaria dentro del grupo selecto de una gran aristocracia política. Nada indica que entre los griegos y los romanos las letras hayan sido tratadas nunca como una industria

Estos pueblos, que no formaban solamente aristocracias, sino que también eran naciones muy cultas y libres, han debido dar á sus producciones literarias los vicios particulares y las cualidades especiales que caracterizan la literatura en los siglos de aristocracia.

En efecto, basta echar la vista sobre los escritos que nos ha dejado la antigüedad, para descubrir que si á los escritores les falta algunas veces variedad y fecundidad en los diversos asuntos, y valentía, movimiento y generalización en el pensamiento, han dejado ver siempre un arte y un cuidado asombrosos en los detalles; nada parece hecho en sus obras con precipitación ni á la ventura; todo está allí escrito para los inteligentes, y el esmero por la belleza ideal se muestra sin cesar. No hay literatura que enseñe más claramente que la antigua las cualidades que faltan á los escritores de los siglos democráticos y, por lo mismo, no hay ninguna que más les convenga estudiar. Tal estudio es el más propio de todos para combatir los defectos literarios inherentes á estos siglos, y en cuanto á sus cualidades naturales, ellas se producirán por sí solas, sin que sea necesario aprender á adquirirlas. Esta materia necesita entenderse con claridad.

Un estudio puede ser útil á la literatura de un pueblo y no por esto ser aplicable á sus necesidades políticas y sociales.

Si se enseñase sólo las bellas letras en una sociedad en que cada uno estuviese habitualmente dispuesto á hacer esfuerzos violentos para aumentar su fortuna ó para conservarla, habría ciudadanos muy cultos y muy peligrosos; porque dándoles diariamente el estado social y político necesidades que la educación no les enseñaría á satisfacer, turbarían el Estado invocando á los griegos y romanos, en vez de fertilizarlo con su industria.

Es evidente que en las sociedades democráticas el interés de los individuos, así como la seguridad del Estado exigen que la educación del mayor número sea científica, comercial é industrial, más bien que literaria.

El griego y el latín no deben enseñarse en todas las escuelas; pero conviene que aquellos cuyo natural ó cuya fortuna los destinan á cultivar las letras ó los predisponen á apreciarlas, encuentren escuelas en donde se enseñe con perfección la literatura antigua, para penetrarse completamente de su espíritu. Algunas buenas

universidades valdrían más para conseguir este resultado que una multitud de colegios malos, en donde, estudios supérfluos y mal seguidos, impiden estudiar otros más necesarios.

Todos los que ambicionan sobresalir en las letras, en las naciones democráticas, deben estudiar las obras de la antigüedad. Esta es una higiene saludable. Yo no considero absolutamente sin tacha las producciones literarias de los antiguos; pienso sólo que ellas tienen cualidades especiales que pueden maravillosamente neutralizar nuestros defectos particulares y sostenernos en el lado á que nos inclinemos.

---

## CAPÍTULO XVI

---

### **De qué modo la democracia americana ha modificado la lengua inglesa.**

Si lo que he dicho acerca de las letras en general se ha comprendido bien, se concebirá fácilmente la especie de influencia que el estado social y las instituciones democráticas pueden ejercer en la lengua misma, que es el primer instrumento del discurso.

Los autores americanos, á decir verdad, viven espiritualmente más en Inglaterra que en su país, pues estudian sin cesar los escritores ingleses y los toman cada día por modelo; pero no sucede esto con el pueblo mismo, porque éste se halla más inmediatamente sometido á causas particulares que pueden obrar en los Estados Unidos. Por consiguiente, el lenguaje de la conversación y no el de los escritos, es el que debe considerarse si se quieren conocer las modificaciones que el idioma de un pueblo aristocrático puede sufrir, cuando pasa á ser la lengua de una democracia.

Ingleses instruídos y apreciadores más competentes que yo en estos delicados matices, me han asegurado muchas veces que las clases instruídas de los Estados Unidos difieren de una manera notable, por su lenguaje, de las de la Gran Bretaña. No se quejaban sólo de que los americanos hubiesen puesto en uso muchas palabras nuevas, porque la diferencia y la distancia del país hubieran bastado para explicarlo; sino de que estas nuevas palabras hubiesen sido tomadas particularmente de la jerga de los partidos, de las artes mecánicas ó del lenguaje de los negocios; añadían que las palabras antiguas inglesas se tomaban frecuentemente por los

americanos en una acepción nueva, y decían, en fin, que mezclaban los estilos de un modo singular y reunían algunas veces ciertas palabras que en la madre patria habían tenido costumbre de separar.

Estas observaciones, hechas repetidas veces por personas que me parecían dignas de crédito, me condujeron á reflexionar sobre este objeto, y mis reflexiones me llevaron teóricamente al punto á que ellos habían llegado por la práctica.

La lengua debe participar en las aristocracias del reposo en que se mantienen todas las cosas. Se introducen pocas palabras nuevas, porque se hacen pocas cosas nuevas, y aunque se hiciesen cosas nuevas se esforzarían en llamarlas con palabras conocidas, cuyo sentido ha fijado la tradición.

Si acontece que el espíritu humano se agite por sí mismo, ó que la luz penetrante de fuera lo despierte, las nuevas expresiones que se crean tienen un carácter sabio, intelectual y filosófico que indica que no tienen su origen en la democracia. Cuando la caída de Constantinopla hizo refluir las ciencias y las letras hacia el Occidente, la lengua francesa se encontró, casi de repente, invadida por una multitud de palabras nuevas de origen latino ó griego; se vió entonces en Francia un neologismo erudito que no se usaba sino por las clases ilustradas, y cuyos efectos no se hicieron sentir ó no se conocieron sino muy tarde en el pueblo. Todas las naciones de Europa presentaron, sucesivamente, el mismo espectáculo. Milton sólo ha introducido en la lengua inglesa más de seiscientas palabras, tomadas casi todas del latín, del griego y del hebreo.

El movimiento perpetuo que reina en el seno de una democracia tiende, por el contrario, á renovar la faz de la lengua así como la de los negocios; en medio de esta agitación general y de este concurso de todos los espíritus, se forma un gran número de ideas nuevas; las antiguas se pierden ó vuelven á aparecer, ó bien se subdividen en una infinidad de grados diversos; se encuentran frecuentemente palabras que no deben usarse, y otras que es necesario adoptar de nuevo en el lenguaje.

Las naciones democráticas desean siempre el movimiento. Esto se observa en la lengua como en la política, y aun cuando no tengan necesidad de cambiar las palabras, lo desean con frecuencia.

El genio de los pueblos democráticos no se manifiesta sólo en el gran número de palabras nuevas que ponen en uso, sino también en la naturaleza de ideas que estas mismas palabras representan.

En estos pueblos, la mayoría hace la ley en materia de lenguaje como en todo lo demás, y su espíritu se manifiesta igualmente allí que en otra parte; pero como la mayoría se ocupa más de negocios que de estudios, y de intereses políticos y comerciales que de especulaciones filosóficas ó de bellas letras, la mayor parte de las palabras creadas ó admitidas por ella llevarán el sello de estos hábitos, sirviendo principalmente para expresar las necesidades de la industria, las pasiones de los partidos ó los pormenores de la administración pública. En este sentido, la lengua se extenderá incesantemente, al paso que abandonará poco á poco el campo de la metafísica y de la teología.

Nada es más fácil que conocer el origen de donde las naciones democráticas toman sus nuevas palabras y el medio de que se valen para inventarlas.

Los hombres que viven en las sociedades democráticas, apenas conocen la lengua que se hablaba en Roma y en Atenas, y se cuidan bien poco de remontarse hasta la antigüedad para encontrar las expresiones que les faltan; si recurren alguna vez á sabias etimologías no es porque su erudición se las hace buscar en el fondo de las lenguas muertas, y aun sucede muchas veces que los más ignorantes son los que hacen más uso de estas palabras, porque el deseo tan democrático de salir de su esfera les conduce á querer realizar una profesión grosera, con un nombre griego ó latino, y cuanto más bajo es el oficio y más distante está de la ciencia, más pomposo y erudito es el nombre. Esta es la razón porque muchos bailarines de maroma se transforman en acróbatas y en funámbulos.

Los pueblos democráticos toman palabras de las lenguas vivas, en lugar de las muertas, porque comunican siempre entre sí, y los hombres de diferentes países se imitan con facilidad, en razón de que cada día se asemejan más; pero es sobre todo en su propia lengua, donde buscan los medios de innovar, pues toman de tiempo en tiempo de su vocabulario las expresiones ya olvidadas y las sacan de nuevo á luz, ó bien quitan á una clase particu-

lar de ciudadanos un término que la es peculiar, para hacerle entrar con un sentido figurado en el lenguaje habitual; de modo que una multitud de expresiones que no habían pertenecido sino al lenguaje especial de un partido ó de una profesión, se encuentran por esta causa introducidas repentinamente en la circulación general.

El medio que emplean de ordinario los pueblos democráticos para hacer innovaciones en materia de lenguaje, consiste en dar á una expresión ya en uso, un sentido inusitado. Este método es sencillo, fácil y cómodo; no se necesita ciencia para servirse de él y la ignorancia misma facilita su empleo; pero pone en peligro la lengua, pues haciendo doble el sentido de una palabra, vuelve tan dudoso el que le dejan como el que le dan.

Empieza un autor por desviar un poco una expresión conocida, de su sentido primitivo y la adapta á su objeto como mejor le parece; viene otro después y le da una nueva significación; un tercero le llevará, si es menester, por otra ruta diversa, y como no hay árbitro común ni tribunal permanente que pueda fijar de un modo definitivo el sentido de la palabra, queda ésta en una situación dudosa y ambulante. De aquí resulta que los escritores no parecen jamás adherirse á un solo pensamiento, sino que fluctúan en medio de un grupo de ideas y dejan al lector el cuidado de juzgar cuál es la que se le enseña.

Todo esto es una triste consecuencia de la democracia. Yo querría más bien que se plagase la lengua de términos chinos, tártaros ó hurones, que hacer incierto el sentido de las palabras francesas. La armonía y la homogeneidad no son sino bellezas secundarias del lenguaje. Existen tal vez en todo esto muchas convenciones que pueden en rigor desecharse, pero ningún idioma es bueno sin términos claros.

La igualdad trae necesariamente consigo otras muchas variaciones en el lenguaje. En los siglos aristocráticos, en que cada nación propende á permanecer separada de todas las otras y desea tener una fisonomía propia, acontece con frecuencia que, muchos pueblos que tienen un origen común, se hacen extraños los unos de los otros, en tales términos que, sin dejar de entenderse, no hablan, sin embargo, del mismo modo.

En estos mismos siglos cada nación se divide en cierto núme-

ro de clases que se ven pocas veces y no se mezclan jamás. Cada una de ellas toma y conserva invariablemente hábitos intelectuales que le son del todo propios, y adopta con preferencia ciertas palabras y ciertas voces que en seguida pasan de generación en generación, como las herencias. Entonces se encuentra en el mismo idioma una lengua de pobres y una de ricos; una de plebeyos y otra de nobles; una sabia y otra vulgar; y cuanto más profundas son las divisiones y las barreras más insuperables, tanta más razón hay para esto. Estoy seguro de que en las tribus de la India, el lenguaje varía prodigiosamente, y que se encuentra casi tanta diferencia entre el de un paria y el de un bracmán, como entre sus vestidos. Cuando, por el contrario, los hombres, cambiando de lugar, se ven y se comunican incesantemente, y que las clases se destruyen, se renuevan y se confunden, todas las palabras de la lengua se mezclan; las que no pueden convenir al mayor número desaparecen, y el resto forma una masa común en que cada una se habla sin regla. Casi todos los diversos dialectos que dividen los idiomas de Europa, tienden visiblemente á desaparecer. El *patois* no existe en el Nuevo Mundo, y cada día va desapareciendo del Antiguo.

Esta revolución del estado social influye en el estilo tanto como en la lengua, pues no sólo todo el mundo se sirve de las mismas palabras, sino que se habitúa á emplearlas indiferentemente. Destruídas casi las reglas que había creado el estilo, apenas se encuentran expresiones que, por su naturaleza, parezcan vulgares ni distinguidas, porque los individuos que pertenecían á diversas esferas han llevado siempre consigo las voces y los términos de que hacían uso; de manera, que el origen de las palabras se ha perdido lo mismo que el de los hombres, y resulta una confusión en el lenguaje, como en la sociedad.

Yo sé que en la clasificación de las palabras hay reglas que no tienen relación con una forma de sociedad más que con otra, pues se derivan de la naturaleza misma de las cosas. Hay expresiones y giros que son vulgares, porque los sentimientos que deben expresar son realmente bajos, y otros que son sublimes, porque los objetos que quieren representar son naturalmente elevados.

La confusión de las clases no hará nunca desaparecer estas diferencias; pero la igualdad no puede menos de destruir lo que

es puramente convencional y arbitrario en las formas del pensamiento, y aun dudo si la clasificación necesaria que indiqué más arriba no será menos respetada en un pueblo democrático que en cualquiera otro; porque en un país semejante no se encuentran fácilmente hombres cuya educación, luces y tiempo libre les permita estudiar de una manera permanente las leyes naturales del lenguaje y hacerlas respetar, observándolas ellos mismos.

No quiero abandonar esta cuestión sin mostrar las lenguas democráticas por el último rasgo que las caracteriza quizá más que todos los otros.

He demostrado anteriormente que los pueblos democráticos tenían gusto y aun pasión por las ideas generales, lo cual depende de las cualidades y de los defectos que les son propios. Este amor de las ideas generales se manifiesta en las lenguas democráticas, por el uso continuo de términos genéricos y de las palabras abstractas, porque estas expresiones ensanchan el pensamiento y permitiendo encerrar en poco espacio muchos objetos, auxilian el trabajo de la inteligencia.

Un escritor democrático dirá, de una manera abstracta, *las capacidades*, por los hombres capaces, sin entrar en el detalle de las cosas á que esta capacidad se aplica. Hablará de *actualidades*, para determinar de un golpe las cosas que pasan en aquel momento á su vista; y entenderá bajo la palabra *eventualidades* todo lo que puede suceder en el universo desde el momento en que habla.

Los escritores democráticos hacen incesantemente palabras abstractas de esta especie ó toman en un sentido cada vez más abstracto las voces abstractas de la lengua. También, para hacer más rápido el discurso, personifican el objeto de estas mismas palabras, y haciéndole obrar como á un individuo dirán que *la fuerza de las cosas quiere que las capacidades gobiernen*.

Voy á explicar mi pensamiento, con un ejemplo de lo mismo que yo he practicado. He hecho uso muchas veces de la palabra igualdad, en un sentido general; la he personificado, además, en muchos lugares y aun he llegado á decir que la igualdad hace ciertas cosas ó que se abstenia de otras. Se puede afirmar que los hombres del siglo de Luis XIV no habrían hablado de este modo; entonces, á ninguno le habría ocurrido usar la palabra igualdad, sin aplicarla á una cosa particular, y más bien habrían renuncia-

do á servirse de ella que consentir en representarla como una persona viva. Esas palabras abstractas en que abundan las lenguas democráticas, y de que se hace uso á cada paso, sin aplicarlas á ningún hecho particular, engrandecen y disfrazan el pensamiento, hacen la expresión más rápida y la idea menos clara. Mas en materia de lenguaje, los pueblos democráticos prefieren la obscuridad al trabajo.

No sé, por otra parte, si lo vago tiene un cierto agrado oculto, para los que hablan y escriben en esos pueblos. Los hombres que viven en ellos, hallándose, por lo común, entregados á los esfuerzos individuales de su inteligencia, están casi siempre en la duda, y como su situación cambia sin cesar, no permanecen firmes en ninguna de sus opiniones ni aun por la inmovilidad de su fortuna; así es que, por lo común, tienen ideas vacilantes y necesitan expresiones muy amplias para encerrarlas. Como no saben si la idea que hoy expresan convendrá á la nueva situación que ocuparán mañana, conciben, naturalmente, un gusto por los términos abstractos, y una palabra abstracta es como una caja de dós fondos: se colocan en ellas las ideas que se quieren y se sacan sin que nadie lo vea.

En todos los pueblos, los términos genéricos y abstractos forman lo esencial de la lengua; yo no digo que se encuentren solamente estas palabras en las lenguas democráticas, sino que los hombres propenden en los siglos de igualdad á aumentar particularmente el número de las palabras de esta especie, á tomarlas siempre en la acepción más abstracta y á hacer uso de ellas en cualquiera ocasión, aun cuando el discurso no lo requiera.



**INVESTIGACIONES  
JURIDICAS**

## CAPÍTULO XVII

---

### **De algunas fuentes de la poesía en las naciones democráticas.**

Se han dado muy diversas significaciones á la palabra poesía, y sería inútil fatigar á los lectores averiguando cuál de estos diversos sentidos le conviene con preferencia; diré, pues, el que mejor me ha parecido.

La poesía, en mi opinión, es la previsión, la pintura, de lo ideal. El que cercenando una parte de lo que existe, agregando al cuadro algunos rasgos imaginarios, combinando ciertas circunstancias reales, pero cuyo conjunto no se encuentra, completa y engrandece la naturaleza, éste es poeta. Así, la poesía no tendrá por objeto representar la verdad, sino adornar y ofrecer una imagen superior al espíritu.

Los versos que me parezcan como el bello ideal del lenguaje, serán en este sentido eminentemente poéticos, pero por sí solos no constituirán la poesía. Ahora voy á averiguar si entre las acciones, sentimientos, é ideas de los pueblos democráticos se encuentran algunas que se presten á la imaginación de lo ideal y que deban considerarse por esta razón como fuentes naturales de la poesía.

Desde luego es preciso reconocer que el gusto por lo ideal y el placer que se experimenta al ver la pintura, no es tan vivo ni se extiende tanto en un pueblo democrático como en el seno de una aristocracia.

En las naciones aristocráticas sucede algunas veces que el cuerpo obra como por sí mismo, mientras que el alma está sumer-

gida en un reposo modesto. En ellas, el pueblo mismo deja ver gustos poéticos, y su espíritu se lanza algunas veces más allá y por encima de lo que le rodea. Pero en las democracias, el amor de los goces materiales, la idea de la perfección, la rivalidad, el encanto próximo del buen éxito, son como otros tantos estímulos que precipitan los pasos de cada hombre en la carrera que ha abrazado y le prohíben separarse de ella un solo instante. Los principales esfuerzos del alma se dirigen siempre hacia este objeto; no porque la imaginación esté debilitada, sino porque se entrega casi exclusivamente á concebir lo útil y á representar lo real.

La igualdad no solamente desvía los hombres de la pintura de lo ideal, sino que disminuye el número de los objetos que pueden describirse.

La aristocracia, conservando la sociedad inmóvil, favorece la duración y entereza de las religiones positivas y la estabilidad de las instituciones políticas; y no solamente mantiene en la fe el espíritu humano, sino que le dispone también á adoptar una, con preferencia á otra. Un pueblo aristocrático se inclinará siempre á colocar poderes intermediarios entre Dios y el hombre.

Por todo esto se puede decir que la aristocracia se muestra muy favorable á la poesía, pues cuando el universo se compone de seres sobrenaturales que no están al alcance de los sentidos, pero que el espíritu descubre, la imaginación se siente más dispuesta y los poetas, hallando mil asuntos diversos que representar, encuentran espectadores sin número, prontos á interesarse en sus cuadros.

En los siglos democráticos sucede algunas veces que las creencias fluctúan como las leyes. La duda reduce entonces la imaginación de los poetas á las cosas de la tierra y los encierra en el mundo visible y real.

Aun cuando la igualdad no conmueva las religiones, ella las simplifica y desvía la atención de los agentes secundarios, para atraerla principalmente hacia el soberano dueño.

La aristocracia conduce naturalmente al espíritu humano á la contemplación de lo pasado y lo fija en él. La democracia, por el contrario, inspira á los hombres una especie de disgusto, como instintivo, por todo lo que es antiguo; de modo que la aristocracia es en esto más bien favorable á la poesía, porque las cosas se en-

grandecen por lo regular y se ocultan, á medida que se alejan; y bajo este doble aspecto se prestan más á la pintura de lo ideal.

Después de haber quitado á la poesía lo pasado, la igualdad le arrebató, en parte, lo presente.

En los pueblos aristocráticos hay un cierto número de individuos privilegiados, cuya existencia está, por decirlo así, fuera y por encima de la condición humana; el poder, la riqueza, la gloria, el ingenio, la delicadeza y la distinción en todas las cosas parecen pertenecer á aquéllos, en propiedad. La multitud no los ve jamás desde muy cerca ó no los sigue en los detalles, y muy poco es preciso hacer para volver poética la pintura de estos hombres.

Por otra parte, las clases ignorantes, humildes y serviles que hay en esos mismos pueblos se prestan á la poesía por el exceso de su tosquedad y de su miseria, como las otras por su extrema finura y su grandeza. Además, estando muy separadas las diversas clases de que se compone un pueblo aristocrático y conociéndose mal entre sí, la imaginación puede siempre, al representarlas, agregar ó disminuir alguna cosa á la realidad.

En las sociedades democráticas, en que los hombres son todos pequeños y muy semejantes, viéndose cada uno á sí mismo, ve al momento á todos los otros. Los poetas que viven en los siglos democráticos no pueden tomar nunca un hombre en particular por objeto de su cuadro; porque el que sea de tamaño mediano y se perciba distintamente por todos lados, no se prestará jamás á lo ideal. Está demostrado que si la igualdad se establece sobre la tierra, agotará por sí sola la mayor parte de las antiguas fuentes de la poesía. Veamos, pues, ahora, de qué manera puede ella procurar otras nuevas.

Cuando la duda despobló el cielo y los progresos de la igualdad redujeron al hombre á proporciones mejor conocidas y más pequeñas, los poetas, no imaginando todavía lo que debieran poner en lugar de los grandes objetos que huían con la aristocracia, dirigieron su vista hacia la naturaleza inanimada, y, alejando de su idea los héroes y los dioses, emprendieron, desde luego, la pintura de los ríos y de las montañas. De aquí nació en el siglo último la poesía que, por excelencia, se llama descriptiva.

Algunos han pensado que esta pintura, embellecida con las cosas materiales é inanimadas que cubren la tierra, era la poesía

más propia de los siglos democráticos; pero yo creo que este es un error, pues en mi concepto ella no representa sino una época pasajera.

Estoy convencido de que la democracia desvía con el tiempo la imaginación de todo lo que es exterior al hombre, para fijarla en el hombre mismo. Los pueblos democráticos pueden entretenerse un momento en considerar la naturaleza; pero no se animan realmente sino á la vista de sí mismos, y sólo por esta parte se encuentran en ellos las fuentes naturales de la poesía; aún puede creerse que los poetas que no quieran recurrir á ellas perderán todo su imperio sobre el alma de los que pretenden hechizar, y acabarán por no tener más que fríos testigos de sus transportes. He hecho ver de qué manera la idea del progreso y de la perfectibilidad indefinida de la especie humana era propia de los siglos democráticos.

Los pueblos democráticos apenas se ocupan de lo que ha pasado, pero meditan y aun sueñan en lo que pasará; en este sentido, su imaginación no tiene límites y se extiende y aumenta sin medida. Esto presenta un vasto campo á los poetas y les permite ver el cuadro de lejos; así, la democracia, que oculta lo pasado á la poesía, le abre el porvenir.

Como los ciudadanos que componen una sociedad democrática son casi iguales y semejantes, la poesía no puede fijarse en ninguno en particular; pero toda la nación se ofrece á su pincel. La semejanza de todos los individuos, que hace á cada uno separadamente impropio para objeto de la poesía, permite á los poetas encerrarlos á todos en una misma imagen, para considerar el pueblo mismo. Las naciones democráticas divisan con más claridad que todas las otras su propia forma, y esta grande forma se presta maravillosamente á la pintura de lo ideal.

Convendré fácilmente en que los americanos no tienen poetas; pero no por eso admitiré que carezcan de ideas poéticas. En Europa, se ocupan mucho de los desiertos de América, y los americanos ni aun piensan en ellos, pues se muestran insensibles á las maravillas de la naturaleza inanimada, y no ven, por decirlo así, los admirables bosques que los rodean, sino cuando caen bajo sus golpes. Su vista está fija en otra cosa, y el pueblo americano se ve marchar al través de estos desiertos desaguando las ciénagas,

enderezando los ríos, poblando la soledad y domando la naturaleza. Esta espléndida imagen de ellos mismos no se ofrece tan sólo de tiempo en tiempo á la imaginación de los americanos, pues puede decirse que sigue á cada uno de ellos en sus más mínimas acciones, como en las principales, y que permanecen siempre delante de su espíritu.

Nada puede concebirse tan pequeño, tan obscuro, tan lleno de miserables intereses y tan antipoéticos, en una palabra, como la vida de un hombre en los Estados Unidos; pero entre los pensamientos que lo dirigen se encuentra uno lleno de poesía y que puede mirarse como el nervio oculto que da vigor á todo el resto.

En los siglos aristocráticos, cada pueblo, así como cada individuo, propende á permanecer inmóvil y separado de los demás.

En los siglos democráticos, la extrema movilidad de los hombres y sus impacientes deseos, hacen que ellos cambien todos los días de lugar y que los habitantes de diferentes países se mezclen, se vean, se escuchen y se imiten; no son solamente los miembros de una nación los que se hacen semejantes, sino también las naciones mismas, y todas juntas no forman, á la vista del espectador, más que una vasta democracia, en la que cada ciudadano es un pueblo. Esto pone de manifiesto, por primera vez, la forma del género humano.

Todo lo que tiene relación con la existencia de la humanidad en general, con sus vicisitudes y su porvenir, llega á ser una mina muy fecunda para la poesía.

Los poetas que vivieron en los siglos aristocráticos, hicieron admirables pinturas, tomando por objeto ciertos incidentes de la vida de un pueblo ó de un hombre; pero ninguno de ellos se atrevió jamás á representar en su cuadro los destinos de la especie humana, mientras que los poetas que escriben en los siglos democráticos pueden emprenderlo.

Cuando cada uno, llevando su vista más allá de su país, empieza á descubrir la humanidad en sí misma, Dios se manifiesta más y más al espíritu humano, en su plena y entera majestad.

Si en los siglos democráticos la fe en las religiones positivas es frecuentemente vacilante y las creencias en los poderes intermedios, cualquiera que sea el nombre que se les dé, se oscurece, también sucede, por otra parte, que los hombres se hallan dis-

puestos á concebir una idea muy vasta de la Divinidad misma y su intervenció en los negocios humanos aparece con nueva y mayor claridad; y considerando al género humano como un solo todo, conciben fácilmente que un mismo designio preside á todos sus destinos; y en las acciones de cada individuo reconocen la huella de ese plan general y constante, por el cual Dios conduce la especie. Esto puede considerarse como otra fuente abundantísima de poesía en estos siglos.

Los poetas democráticos parecerán siempre pequeños y fríos si pretenden representar á los dioses, los demonios ó los ángeles, con formas corpóreas ó si los hacen descender del cielo para disputarse la tierra; pero si quieren atribuir los grandes acontecimientos que describen, á los designios generales de Dios sobre el Universo y, sin mostrar la mano del soberano dueño, hacer penetrar en su pensamiento, serán admirados y comprendidos, porque la imaginación de sus contemporáneos sigue por sí misma esta senda.

Se puede prever, igualmente, que los poetas que viven en los siglos democráticos, pintarán las pasiones y las ideas, más bien que las personas y los hechos.

El lenguaje, los usos y las acciones diarias de los hombres no se prestan en las democracias á la imaginación de lo ideal. Tales cosas no son poéticas por sí mismas, y aun cesarían de serlo por la razón sola de que son demasiado conocidas de aquellos á quienes se quisiese hablar de ellas. Esto obliga á los poetas á penetrar más adentro de la superficie exterior que los sentidos descubren, á fin de vislumbrar el alma misma; y no hay nada que se preste más á la pintura de lo imaginario, que el hombre, contemplado de este modo, en lo profundo de su naturaleza inmaterial.

No tengo necesidad de examinar el cielo ni la tierra para descubrir un objeto maravilloso lleno de contrastes, de grandezas y de pequeñeces infinitas, de obscuridades profundas y de singulares resplandores, capaz á la vez de hacer nacer la piedad, la admiración, el desprecio y el terror; no tengo más que considerarme á mí mismo; el hombre sale de la nada, atraviesa el tiempo y, va á desaparecer para siempre en el seno de Dios; sólo un momento se le ve vagar en el extremo de los dos abismos en que se pierde.

Si el hombre se ignorase completamente, no sería poético, por-

que no puede pintarse lo que no se conoce. Si se viese claramente, su imaginación permanecería ociosa y nada tendría que agregar al cuadro; pero el hombre está bastante descubierto para que pueda percibir algo de sí mismo y demasiado oculto con el velo del destino, para que el resto se sumerja en tinieblas impenetrables, donde busca sin cesar y siempre en vano, á fin de acabar de conocerse.

Jamás debe esperarse que en los pueblos democráticos la poesía viva de leyendas, que se alimente con tradiciones y antiguos recuerdos, que pretenda volver á poblar el Universo de seres sobrenaturales, en que ni los poetas, ni los lectores creen, ni que personifique virtudes y vicios que quieran verse bajo su propia forma. Todos estos recursos le faltan, pero le queda el hombre, y esto basta para ello. Los destinos humanos, el hombre, prescindiendo de su tiempo y de su país y colocado en frente de la naturaleza y de Dios, con sus pasiones, con sus dudas, sus prosperidades inauditas y sus miserias incomprensibles, vendrá á ser para estos pueblos el objeto principal y casi único de la poesía; esto bien puede asegurarse, si se consideran los escritos de los más grandes poetas que han aparecido desde que el mundo se dirige hacia la democracia.

Los escritores que en nuestros días han reproducido tan admirablemente los acciones de Child-Harold y de Jocelyn, no han pretendido referir los hechos de un hombre, sino iluminar y engrandecer ciertas fases del corazón humano, todavía oscuras.

Tales son los poemas de la democracia. La igualdad, pues, no destruye todos los asuntos de la poesía, sino que los hace menos numerosos y más vastos.

---